

Hallazgo de vela campamentos nómades de hace 6.500 años en la Carretera Austral

PIEDRA AZUL. Investigadores de la UACH descubrieron restos de delfines y antiguos fogones que confirman la presencia de cazadores marinos, revelando que el actual trazado de la ruta era una playa.

Fernanda Sandoval
 cronica@diariollanquihue.cl

Un equipo de la Escuela de Arqueología de la Universidad Austral de Chile (UACH), encabezado por el académico Dr. Simón Sierralta, ejecutó una excavación en el sector de Piedra Azul, en el seno de Reloncaví, donde los investigadores identificaron un conchal con ocupaciones de hasta 6.500 años. El sitio evidencia la presencia de antiguas comunidades costeras, grupos nómades que recorrían el territorio y utilizaban el lugar como campamento para aprovechar los recursos marinos.

En el yacimiento, los arqueólogos encontraron restos de mariscos, peces y mamíferos marinos, además de herramientas y fogones, elementos que permiten entender cómo estas comunidades vivían y se alimentaban. El estudio forma parte de un proyecto financiado por la fundación Wenner-Gren y continuará en el laboratorio, donde el equipo buscará reconstruir sus formas de vida, sus desplazamientos y su relación con un paisaje costero muy distinto al actual.



CON APOYO DE LA FUNDACIÓN WENNER-GREN, UN EQUIPO LOCAL DESENTERRÓ HERRAMIENTAS Y HUESOS EN PIEDRA AZUL.

DESAFÍOS EN TERRENO

—Recientemente concluyeron una campaña de excavación de dos semanas en el sector de Piedra Azul. ¿Cómo describiría la experiencia y qué desafíos enfrentaron en el terreno?

—Resultó una campaña fructífera donde logramos conformar un equipo muy completo con especialistas locales de la Escuela de Arqueología, colegas de Santiago de la Universidad Católica y estudiantes que están realizando sus tesis; generando un ambiente altamente colaborativo. El mayor desafío fue el clima; enfrentamos mucha lluvia con vientos fuertes que ralentizaron las labores. Sin embargo, estamos satisfechos porque los resultados científicos son prometedores y trabajamos en conjunto con la agrupación "Ruta de los Conchales", quienes protegen el patrimonio del sector y con los que buscamos apoyarnos mutuamente para conocer más y difundir este conocimiento.

—¿Qué elementos encontraron en esta excavación?

—Excavamos en áreas pequeñas de 4 metros cuadrados y avanzamos gradualmente, cada 10 centímetros, para entender la posición y relación entre los objetos, hallando un estrato de conchal de casi un metro de espesor en su parte más profunda. Ese conchal está formado por conchas de mariscos descartadas y otros elementos que la gente consumía en su vida cotidiana; en su interior también encontramos huesos de peces y de mamíferos marinos, como lobos de mar y delfines. Recuperamos artefactos de piedra como puntas de proyectil, instrumentos de hueso para procesar recursos y mucho carbón, que corresponden a los restos de los fogones que las comunidades usaban para cocinar y calentarse en lo que fue un campamento.

TRANSFORMACIÓN

—El sitio se encuentra hoy en una

zona elevada junto a la Carretera Austral. ¿Qué nos revela esta ubicación sobre cómo era el entorno en el pasado?

—Este sitio está ahora a unos 8 o 9 metros sobre el nivel del mar, pero lo que estamos tratando de entender es que justo debajo del conchal encontramos depósitos litorales, es decir, sedimentos formados por una antigua playa. Nuestra estimación indica que la ocupación comenzó hace unos 6.000 años aproximadamente, en un rango de entre 5.500 y 6.500 años, por lo que el paisaje original era una playa donde la gente se asentaba directamente en una zona que hoy vemos muy elevada junto a la carretera. Tomamos muchas muestras para entender justamente esta relación entre los cambios en el nivel del mar y la transformación del paisaje costero.

—¿Qué aspectos de la vida de estas comunidades esperan recons-

truir a partir del estudio de los conchales?

—El valor añadido de estos conchales radica en que las comunidades los ocuparon en esa época, pero siguieron utilizándolos durante mucho tiempo. La gente se iba y volvía; se trataba de sociedades móviles y nómades que desocupaban el lugar y después de un tiempo regresaban, un proceso que ocurrió durante siglos o miles de años. Lo vamos a entender mucho mejor cuando tengamos la información cronológica y los fechados radiocarbónicos, pero lo que nos permite el conchal es entender si la forma de vivir de la gente cambió en ese período tan largo. Queremos ver si cambiaron las especies que consumían, si cambió su tecnología o la forma de ocupar el sitio.

CIENCIA DESDE EL TERRITORIO

—Este sitio ya había sido intervenido en el año 2000. ¿Cuál es la di-

ferencia entre lo que se hizo antes y esta nueva investigación?

—La excavación del año 2000 fue un rescate motivado por el impacto ambiental de la carretera y, aunque se hicieron otros trabajos en 2005, se publicó muy poco y no se han podido estudiar bien esas colecciones. Esta es la primera vez que se realiza una investigación sistemática en este tramo que nace de una pregunta científica y no de una obra de construcción. Además, lo más destacable es que ahora contamos con un equipo local completo de la misma Escuela de Arqueología aquí en la región; antes los investigadores siempre tenían que venir de afuera y ahora somos nosotros los que estamos planteando nuestras propias preguntas.

—Con la excavación ya terminada, ¿en qué consiste la fase de investigación que desarrollarán?

—Ahora entramos en una etapa de laboratorio que es extensa y

dura un año o más. Vamos a estudiar los materiales para identificar con precisión qué especies de peces y mamíferos marinos consumían, además de procesar el carbón para obtener fechados radiocarbónicos que nos digan exactamente cuándo ocurrió cada fogón o evento en el sitio. Paralelamente, realizaremos estudios de polen con una paleontóloga para reconstruir cómo era el bosque en esa época. La idea es cruzar los datos del nivel del mar con los de la vegetación para entender el paisaje completo y cómo se relacionaba con lo que hacían las personas hace miles de años.

NUEVAS FRONTERAS

—¿Tienen planeado extender esta investigación a otras zonas de la región?

—Sí, a fin de año o quizás en enero, tenemos programada una excavación en un sitio del mismo período en la Isla Grande de Chiloé. La idea es comparar lo que pasó en el continente con lo que pasó en la isla para tener una perspectiva regional y no quedarnos solo con lo de Piedra Azul; queremos ver si en Chiloé pasó lo mismo o qué diferencias hubo. Es un contraste fundamental porque las islas han sido históricamente mucho más estudiadas que esta parte del continente, donde la verdad es que se ha investigado bastante menos.

—Finalmente, considerando la inmensidad del territorio, ¿qué sectores le generan mayor interés para investigar en el futuro?

—Me interesa mucho la zona costera exterior, como la desembocadura del río Maullín, porque ahí podríamos encontrar la respuesta a si estas sociedades ya vivían en el bosque y se adaptaron al mar o si vinieron navegando desde el norte. También la provincia de Palena es una gran deuda pendiente; es un territorio inmenso donde casi no se ha hecho arqueología sistemática. Sabemos que hay sitios fascinantes, como las cuevas con arte rupestre en Morro Vilcún, pero falta investigación que nos ayude a entender qué pasaba en ese vasto sector.